

sus representaciones—fronterizas oscuras, tiene constantemente tendencia á atribuirles un sentido erótico; la mezcla de espiritualidad y de sensualismo, de fervor religioso y amoroso que caracteriza al pensamiento místico, ha saltado á la vista hasta de los observadores que no comprenden de qué manera se produce.

El misticismo que he estudiado hasta aquí es la incapacidad, basada sobre una debilidad de voluntad congénita ó adquirida, para dirigir mediante la atención la acción de la asociación de ideas, para atraer dentro del círculo luminoso central de la conciencia á las representaciones-fronteras nebulosas, y para suprimir las apercpciones incompatibles con las que fijan legítimamente la atención. Pero hay también otra forma de misticismo, que tiene por causa no ya una atención defectuosa, sino una anomalía de la excitabilidad del cerebro y del sistema nervioso.

En el organismo sano, los nervios sensitivos conducen al cerebro las impresiones del mundo exterior con toda su fuerza, y la excitación de la célula cerebral está en relación directa con la intensidad de la excitación que le ha sido llevada. De otro modo se conduce un organismo degenerado ó agotado; en éste, el cerebro puede haber perdido su excitabilidad normal; es obtuso, y las excitaciones que hasta él llegan no le sacuden sino débilmente; un cerebro semejante no consigue nunca elaborar apercpciones claramente limitadas; piensa siempre de una manera fantástica y vaga. Pero no es necesario describir largamente las singularidades de su funcionamiento, puesto que un cerebro obtuso existe raramente en el degenerado superior y no representa ningún papel en literatura y en arte; el que posee un cerebro difícilmente excitable, tiene rara vez la idea de pintar ó de hacer versos; no cuenta más que como público predestinado y agradecido del místico creador. La excitabilidad insuficiente puede además ser un atributo de los nervios sensitivos;

este trastorno ocasiona anomalías de la vida intelectual acerca de las cuales trataré extensamente en el libro siguiente. En fin, en vez de obtusión, puede haber hiperexcitabilidad, y ésta puede ser propia de todo el sistema nervioso y del cerebro ó tan sólo de algunas porciones de éste; la hiperexcitabilidad general produce esas naturalezas enfermizamente sensitivas que deducen de los fenómenos más indiferentes las impresiones más asombrosas, oyen los «sollozos del crepúsculo», se estremecen al contacto de una flor, distinguen en el murmullo de la brisa espantosas profecías y terribles amenazas, etc.¹ La hiperexcitabilidad de algunos grupos de células de la corteza cerebral da lugar á otros fenómenos; en la porción del cerebro sacudido, sea por una excitación periférica ó por una excitación de proximidad, por una impresión sensorial ó por una asociación de ideas, la actividad celular, en este caso, no se efectúa proporcionalmente á la intensidad de la excitación, sino que es más fuerte y más duradera de lo que justifica la excitación que la ocasiona; el grupo de células sacudido no vuelve al reposo sino difícilmente ó no vuelve de ningún modo; absorbe grandes cantidades de materias nutritivas para disociarlas y se las quita á las otras porciones del cerebro; trabaja como un mecanismo que una mano torpe ha puesto en marcha y que ya no es capaz de parar. Si puede compararse la actividad normal de las células del cerebro á una combustión tranquila, hay que ver en la actividad del grupo celular morbosamente hiperexcitable una explosión, y una

¹ Gerardo de Nerval, *El Sueño y la Vida*, París, 1868, página 53: «Todo en la naturaleza revestía aspectos nuevos, y voces secretas salían de la planta, del árbol, de los animales, de los más humildes insectos, para advertirme y animarme. El lenguaje de mis compañeros tenía giros misteriosos cuyo sentido yo comprendía, hasta los objetos sin forma y sin vida se prestaban á los cálculos de mi espíritu». Nos encontramos aquí de todo punto con esa «comprensión de lo misterioso» que es una de las fantasías más ordinarias de los enajenados.

explosión que une la duración á la violencia; al recibir una excitación, se inflama en seguida en la conciencia una apercepción ó una serie de apercepciones, de nociones y de ideas que la iluminan con la claridad de un incendio y exceden en brillo á todas las demás apercepciones.

Según el grado de hiper-excitabilidad morbosa de algunas porciones del cerebro, el predominio de las apercepciones elaboradas por ellas es también más ó menos exclusivo é invencible. En los grados moderados se originan las obsesiones, que la conciencia reconoce como enfermizas; no excluyen una actividad cerebral sana; al lado de ellas se suscitan y se extinguen apercepciones normales y la conciencia se acostumbra á tratar las obsesiones simultáneamente presentes, en cierto modo como si fueran cuerpos extraños y á excluirlas de sus ideas y de sus juicios. En un grado más elevado, la obsesión se convierte en idea fija; las porciones hiper-excitables del cerebro establecen sus apercepciones con tal vigor que llenan con ellas la conciencia, y ésta no puede ya distinguirlas de las que son una consecuencia de las impresiones sensoriales y reflejan exactamente la cualidad y la intensidad de éstas; nos encontramos entonces frente á las alucinaciones y á los delirios. En el grado más alto, en fin, se produce el éxtasis, que M. Ribot llama «la forma aguda de la tendencia á la unidad de la conciencia»; en el éxtasis la porción cerebral excitada trabaja con tal violencia, que suprime la actividad de todo el resto del cerebro; el extático es completamente insensible á las excitaciones exteriores; no hay ninguna apercepción, ninguna reunión de apercepciones en nociones y de nociones en ideas y juicios; una sola apercepción ó un solo grupo de apercepciones llena la conciencia; estas apercepciones son de la más grande precisión y claridad; la conciencia está como inundada por una deslumbrante luz de mediodía; ocurre pues, aquí, exactamente lo contrario de lo que se observa

en el místico ordinario. Al éxtasis van ligadas emociones excesivamente fuertes en las cuales la más ardiente voluptuosidad se mezcla con el dolor; estas emociones acompañan á cada actividad violenta y desmesurada de las células nerviosas, á cada desagregación excesiva, semejante á una explosión, de la materia nutritiva nerviosa. La sensación de voluptuosidad es un ejemplo de estos fenómenos que acompañan á desagregaciones extraordinarias en la célula nerviosa; en el hombre sano, los centros sexuales son los únicos que, conforme á su función, están diferenciados, organizados de tal suerte que no ejercen una actividad uniforme y constante; pero emplean la mayor parte del tiempo en descansar por completo y almacenar grandes cantidades de materias nutritivas para desagregarlas en seguida de pronto, de una manera en cierto modo explosiva. Todo centro nervioso que trabajase de esta suerte nos procuraría sensaciones de voluptuosidad, pero precisamente no hay en el hombre sano, aparte de los centros sexuales, otro ninguno que tenga que trabajar de ese modo para responder á los fines del organismo. En el degenerado, por lo contrario, algunos centros cerebrales morbosamente sobreexcitados trabajan de esa manera, y los arrobamientos que acompañan á su actividad explosiva son más poderosos que las sensaciones de voluptuosidad, en la medida en que los centros cerebrales son más sensibles que los centros raquídeos subalternos, y más obtusos. Los grandes extáticos, una Santa Teresa, un Mahoma, un Ignacio de Loyola, son absolutamente dignos de fe, cuando aseguran que las voluptuosidades que acompañan á sus éxtasis no pueden compararse á nada terrenal y son casi superiores á las fuerzas de un mortal. Esta observación prueba que tienen también conciencia del dolor agudo que acompaña á la desagregación en las células cerebrales sobreexcitadas, y que un análisis atento discierne en toda sensación voluptuosa muy fuerte. La circunstancia de que la

sola sensación orgánica normal que nos es conocida, que tenga semejanza con las sensaciones del éxtasis, es la sensación de la voluptuosidad, explica que los extáticos ligen por la asociación de ideas representaciones eróticas á sus apercepciones extáticas; interpretan el éxtasis mismo como una especie de acto de amor suprate- rrestre, como una unión de especie elevada y pura hasta lo indecible con Dios ó la Virgen Santa. Esta tercería de Dios y de los santos es la consecuencia natural de una educación religiosa que engendra el hábito de considerar las cosas inexplicables como siendo sobrenaturales, y de establecer una relación entre ellas y las representa- ciones de la religión.

Ahora ya hemos visto que el misticismo deriva de la incapacidad de refrenar la asociación de ideas por la atención, y que esta incapacidad es la consecuencia de la debilidad de la voluntad, mientras que el éxtasis es el efecto de una hiper-excitabilidad enfermiza de algunos centros cerebrales. Pero la incapacidad de atención pro- duce todavía, además del misticismo, otras singularidades del pensamiento que nos contentaremos con mencionar rápidamente. En los grados más bajos de la degeneración, en el idiotismo, la atención falta en absoluto; ninguna excitación es capaz de producirla, y no hay ningún medio exterior que pueda producir una excitación en un cerebro de idiota y resucitar en su conciencia apercepciones de- terminadas. En la degeneración menos completa—la im- becilidad—la atención es posible, pero excesivamente débil y fugitiva; en serie ascendente se encuentra en el imbécil primero la fuga de ideas, es decir la impotencia para fijar las representaciones que se llaman automática- mente las unas á las otras á la conciencia según las leyes de la asociación de ideas, y para reunir las en una idea ó juicio; luego, el fantasear, que es otra forma de la fuga de ideas, pero se distingue de ella en que las representa- ciones de que se compone están débilmente elaboradas,

son por consiguiente nebulosas é indistintas, hasta el punto á veces que un imbécil al cual se pregunta de re- pente en medio de su ensueño en qué piensa, no se halla en estado de indicar lo que en aquel momento se encuen- tra en su conciencia. Todos los observadores establecen que el degenerado superior es con frecuencia «original, brillante, espiritual», que es incapaz, es cierto, de activi- dades que reclaman la atención y la disciplina de sí mismo, pero que tiene pronunciadas inclinaciones artísti- cas. Todas estas singularidades son imputables á la acción desordenada de la asociación de ideas.

Que se recuerde cómo trabaja el cerebro incapaz de atención: una percepción suscita una apercepción que llama á la conciencia otras mil representaciones asociadas. El espíritu sano suprime las apercepciones ó representa- ciones contradictorias ó que no se concuerdan razonable- mente con la primera apercepción; el imbécil no puede hacerlo. La simple consonancia determina el curso de su pensamiento; oye una palabra y experimenta la necesidad de repetirla una vez ó varias veces: ecolalia; ó bien dicha palabra evoca en su conciencia palabras semejantes aná- logas á ella tan sólo por el sonido, no por el sentido ¹, y

¹ Un degenerado imbécil, cuya historia nos refiere el doctor G. Ballet, dice: «Hace mil años que el mundo es mundo; Milán, la catedral de Milán.» *La Semana Médica*, 1892, pág. 133. «Mil años» evoca en la memoria de este imbécil la palabra «Milán», cuya con- sonancia es la misma (en francés), aunque no hay entre las dos no- ciones ninguna relación razonable. Un grafómano, Jasno, citado por Lombroso, dice: *La main se mène* (la mano se lleva); y luego viene á hablar de *semaine* (semana) y *main* (mano), y continúa jugando con las palabras que tienen el mismo sonido «*se mène*», «*se- maine*» y «*main*» (*Genio y locura*, edición alemana, pág. 264). En el libro de un grafómano alemán que tiene por título *Rembrandt edu- cador* (Leipzig 1890), libro que tendré que citar todavía algunas veces como prototipo de la charla de un imbécil, hallamos desde las primeras páginas las yuxtaposiciones siguientes de palabras según la consonancia: «Anuncian una vuelta... á la unidad y á la finura (*zur Einheit und Feinheit*), pág. 3. «Cuanto más uno es impolítico (*ungeschliffener*), tanto más hay que pulir en él (*zu schlei-*

en este caso piensa y habla en una serie de rimas absolutamente incoherentes; ó bien las palabras tienen, además de la consonancia, alguna analogía muy remota y de significación muy débil, y entonces se produce el juego de palabras ó retruécano. El profano se inclina á calificar de ingenioso al imbécil que rima y hace juegos de palabras, sin pensar que esta manera de ligar las representaciones según el sonido de las palabras defrauda el objeto del pensamiento, puesto que en vez de conducir al conocimiento de la verdadera relación de los fenómenos, aleja de él. No es con bromas de mal género como se ha facilitado nunca el descubrimiento de una verdad, y los que han podido intentar conversar seriamente con un imbécil que se las da de ingenioso, han reconocido la imposibilidad de sujetarle á una serie de ideas, de obtener de él una conclusión lógica, de hacerle comprender un hecho ó una relación de causalidad. Cuando el encadenamiento de las apercepciones se verifica no sólo según las impresiones del oído, no según la mera consonancia, sino también según las demás leyes de la asociación de las ideas, se originan entonces esas yuxtaposiciones de palabras

ffen», pág. 4. «Toda educación verdadera es plástica (*Jede rechte Bildung ist bildend*), formadora, creadora, y por consiguiente artística», pág. 8. «Rembrandt no era solamente un artista protestante, sino también un protestante artista», pág. 14. «Su hoja de cien florines por sí sola (*Hundertguldenblatt*) podría ya servir como una gran centáurea (en alemán «hierba de mil florines» *Tausendgüldenkraut*) contra tantos males», pág. 23. «El Cristo y Rembrandt tienen en esto algo de común, que aquél honra la pobreza religiosa, éste la pobreza (*Armseligkeit*) artística—la felicidad de los pobres (*Seligkeit der Armen*)», pág. 25, etc.

Un enfermo del doctor Ph. Charlin (*La confusión mental primitiva, Anales médico-psicológicos*, cuarto año, núm. 2, pág. 228), dice: «Enrique cuarto... se necesitan cuatro, tres, dos, uno, y uno en todas partes, del todo crudo, ¡ahl... estoy de aplomo; estoy al peso y á la medida.» («Aplomo» llama á «plomo» que evoca la idea de «peso» que evoca la asociación ordinaria «y medidas».) *Mesures trois épiciers, pourriture* (una rima); ó sea: «medidas, tres especieros, podredumbre».—«*Brillant, boyant, boyant, brillant*» (rimas desprovistas de sentido); ó sea «Brillante, boyante, boyante, brillante.»

que el profano califica de «modo de expresión original» y que procuran á su autor el renombre de «brillante» en su conversación ó en sus escritos.

El Dr. Sollier cita algunos ejemplos característicos del modo de expresión «original» de imbéciles ¹. Uno de ellos decía á un compañero: «Te pareces á un caramelo que está en nodriza». Otro formulaba en estos términos la idea que su amigo le hacía reír de tal modo que no podía contener la saliva: «Me haces babear copas de sombrero». El apareamiento de palabras que por su sentido son incoherentes ó muy poco coherentes, es por regla general una prueba de imbecilidad, aunque con harta frecuencia asombre y haga reír. El género de ingenio que en París se llama *blague* (guasa) ó ingenio del boulevard es, á los ojos del psicólogo, una imbecilidad; y se comprende fácilmente que este ingenio pueda aliarse con las tendencias artísticas. Todas las profesiones que reclaman el conocimiento de la realidad y la adaptación á ésta, suponen la atención; pero el imbécil carece de atención y es por consecuencia inapto para las profesiones serias; determinadas ocupaciones artísticas, singularmente las de género subordinado, son por lo contrario conciliables con la asociación de ideas desenfrenada, con el fantasear y hasta con la fuga de pensamientos, porque tan sólo reclaman una muy débil adaptación á la realidad y tienen, por esta razón, una gran fuerza de atracción para el imbécil.

Entre el pensamiento y el movimiento existe un paralelismo exacto que se explica por este hecho, que la elaboración de apercepciones no es otra cosa sino una modificación de la elaboración de las impulsiones motrices. Los fenómenos motores hacen sensible al profano, de la manera más clara, el mecanismo de la actividad pensante; á

¹ Dr. Pablo Sollier, *Psicología del Idiota y del Imbécil*, París, 1890, pág. 153.

la asociación de ideas corresponde la asociación automática de las contracciones musculares; á la atención, la coordinación. Del mismo modo que en la ausencia de la atención no puede nacer ninguna idea razonable, así, con la falta de coordinación, no puede originarse ningún movimiento útil; al idiotismo del cerebro hay que asimilar la parálisis, á la obsesión y á la idea fija el tic de movimiento (estremecimiento involuntario); las bromas del imbécil son como estocadas al aire; las ideas y los juicios de los cerebros sanos como una esgrima cuidadosamente calculada en vista de la defensa y del ataque. El misticismo halla su imagen en los movimientos sin objeto y sin fuerza, con frecuencia sencillamente esbozados, del temblor senil y paralítico, y el éxtasis constituye con relación á un centro cerebral el mismo estado que un espasmo tónico continuo y violento con relación á un músculo ó á un grupo de músculos.

II

LOS PRERAFaelITAS

El misticismo es el estado ordinario de los hombres, y en ningún modo una disposición extraordinaria de sus espíritus. Un cerebro vigoroso que elabora cada apercepción con plena claridad, una voluntad firme que para la atención, tan difícil de fijar, son dotes raras; para fantasear y soñar, para dejar vagabundear la imaginación caprichosa por los meandros de la asociación de ideas, es preciso un esfuerzo menor; y este estado de alma es, por esta razón, preferido con mucho al penoso trabajo de la observación y del juicio razonables. Así es como la conciencia de los hombres está llena por una multitud inmensa de sombras de pensamientos ambiguos, y por regla general, no ven muy claramente más que los fenómenos diariamente renovados de su vida personal la más estrecha, y entre éstos, ante todo los que son el objeto de sus necesidades inmediatas.

El lenguaje, este gran auxiliar del desarrollo del pensamiento humano, no es un beneficio que no tenga su lado malo; lleva á la conciencia de la mayor parte de los hombres incomparablemente más obscuridad que claridad; enriquece su memoria con sonidos, no con imágenes precisas de la realidad. La palabra, escrita ó hablada, excita un sentido, la vista ó el oído, y desprende una actividad del cerebro, es cierto; suscita siempre una apercepción, como una serie de notas musicales también la suscita; una palabra desconocida, una palabra estram-